7423

Muerte

Cans

y la eminente actriz Dª Carmen
Arguelles,
admirable intérprete del papel
de "Lucrecia".

Su afmo. y verdadero amigo

Leopoldo Cano

# LA MUERTE DE LUCRECIA.

CUADRO TRÁGICO EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

**LEOPOLDO CANO MASAS.**

**Representado por primera vez en el Teatro de Calderón de la Barca de Valladolid en la fiesta literaria y artística celebrada en la noche del 29 de Setiembre de 1884.**

PRIMERA EDICIÓN COSTEADA POR EL EXCMO. AYUNTAMIENTO COMO DEMOSTRACIÓN DE GRATITUD Á SU AUTOR.

VALLADOLID:
IMPRENTA, LIBRERIA Y ALMACEN DE PAPEL,
**de Hijos de J. Pastor.**
CANTARRANAS, 26.
1884.

# Á LA EXCMA.
# CORPORACIÓN MUNICIPAL
# DE VALLADOLID.

Este es un ramo de silvestres flores
que hallé, de niño, en tierra castellana
teñidas del color de la vergüenza
al pié del rollo y cerca de una estátua.

---

Con sangre de los mártires nutridas
crecieron tristes, derramando lágrimas;
entre ellas va mi honrado pensamiento;
protéjale el escudo de mi pátria.

**Leopoldo Cano.**

# REPARTO.

| PERSONAJES. | ACTORES. |
|---|---|
| *Lucrecia*. . . . . | Sra. Argüelles. |
| *Lesbia*. . . . . | Sta. Romero. |
| *Glauca*.. . . . . | Sra. Guerra. |
| *Lucio Junio Bruto*. . | Sr. Bueno. |
| *Séptimo Lucrecio*.. . | » Valero. |
| *Colatino*. . . . . | » Peña. |
| *Un Edil*. . . . . | » Neira. |
| *Publio Valerio*.. . . | » Benavides (D. Juan.) |

*Lictores.*

**La escena es en Colacia, morada de Lucrecia y Colatino, situada en los alrededores de Roma.**

*(Año 509 antes de Jesucristo.)*

# ACTO ÚNICO.

Habitación de Lucrecia en Colacia. A la derecha, en primer término una puerta y, en segundo, un lecho de la época. A la izquierda, otra puerta y una ventana. En el foro la puerta principal del atrio. Un ara delante de una estátua de los Penates; una panoplia; un trípode y sillas.

Todo dispuesto como lo está en el célebre cuadro de Rosales titulado: LA MUERTE DE LUCRECIA.

## ESCENA I.

**Lesbia**, mirando por la puerta de la derecha. Después **Lucio Junio Bruto.**

LES. ¡Allí está triste, sombría,
imponente, muda, airada
como la nube siniestra
que en las tormentas se rasga
para dar á luz el rayo
que la quema las entrañas!
¡Lucrecia! Casta matrona,
pura flor embalsamada
que, en manos de la impureza,

611040

dobló su corola pálida,
no te dará nueva vida
el rocío de tus lágrimas,
mas puede erguirse tu tallo
si le riega la venganza!

BRUTO (Llega por la puerta del foro.)
¡Lesbia!

LES. ¡Junio!

BRU. Yo, sí. El loco
ó *el bruto*, como me llama
esa plebe que se ríe
al mirar la torpe máscara
que encubre mi ódio implacable
al tirano de la pátria!

LES. ¿A qué vienes?

BRU. Aun lo ignoro.

LES. No sé que hallo en tu mirada.

BRU. ¡Destellos de mi cariño;
sombras de desconfianza!

LES. ¿Dudas?

BRU. Si; y desde que dudo
de tu amor, no creo en nada.

LES. Eres injusto.

BRU. Ese afecto
es una flor solitaria
que ha germinado en la arena
del desierto de mi alma,
y hasta el áura me da celos
si la besa enamorada.

LES Yo te juro...

BRU. Antes que jures,
quiero que me escuches.

LES. Habla.

BRU. Por esa vía Latina
de sepulcros adornada,
donde yacen olvidados
los mártires de la pátria,
lentamente desde Roma
me dirigía á Colacia
cuando en su trono de nubes
se erguía la aurora plácida
trocando en sangrienta púrpura
girón de fúnebre gasa.
¡Aun los ecos de la orgía
por el aire resonaban
de esa Roma, vil rebaño
de siervos y mercenarias,
que flagela el Rey Tarquino
como á miserable esclava!
Yo no sé qué iba pensando,
que mis manos se crispaban
al ver escrita con tumbas
la excelsa historia romana
en medio de un pueblo esclavo
cuyo símbolo fué un águila
y cuya gloria se esconde
en las urnas cinerarias...
Llegué al pórtico, abismado
en el piélago de mi alma,
y esperando á que salieras
descansé sobre las gradas.

LES. (Aparte.) ¡Todo lo sabe!

BRU. De pronto,
oigo cerrar á mi espalda
la puerta del átrio, y cruzan
ante mí dos sombras rápidas,

como de dos malhechores
ladrones de oro... ó de fama,
mientras vibran en mi oido
estas frases que me espantan:
«Mi amor triunfó de su orgullo;
»de su hermosura mi audacia.»
Esas palabras denuncian
toda una historia de infamia;
y cuando, loco de enojo,
lanzando un grito de rabia
quiero sepultar mi hierro
en la maldita garganta
del que pregona esa afrenta,
la luz sangrienta del alba
alumbra sobre su frente
una diadema, cuajada
de perlas, que á los reflejos
resplandecen como lágrimas.
¡Era Sexto, el heredero
de esa hiena coronada
que deja un charco de sangre
adonde imprime la planta!

LES. ¿Y bién?

BRU. Solo dos mujeres
en los lares de Colacia
pudieron deshojar flores,
de la impureza en el ara;
la esposa de Colatino
y tú, Lesbia: ¿entiendes?

LES. ¡Calla!
Si con sospechas me ofendes,
¿por qué de amores me hablas?
Pronto has de saberlo todo.

BRU. Pronto es nunca cuando se ama.
La prueba de tu inocencia.
LES. Que aun aliento. ¿No te basta?
BRU. Mi amor dice que no mientes
y mis celos que me engañas.
LES. Si tienes amor, no dudes:
si dudas, no ofendas ¡mata!
que las manchas de la honra
con ultrajes no se lavan.
BRU. ¿Acaso Lucrecia...?
LES. Mira *(Señalando hácia la puerta de la derecha.)*
una mujer desolada,
hermosa como la aurora
y triste como una lágrima.
BRU. ¿Ella! ¡Horrible desventura!
¡Mayor será la venganza!
LES. Escucha. Al castro de Ardea
donde Colatino se halla,
mientras le roban la honra,
peleando por la pátria,
ha partido un mensajero
veloz como la desgracia,
á suplicarle que venga
sin decirle lo que pasa.
Otro ha mandado Lucrecia
á su padre.
BRU. ¡Desdichada!
¿Qué medita?
LES. ¿Quién se asoma
á los abismos de su alma?
Su horrible calma da miedo
y da frio su mirada!
Pronto, Junio, torna á Roma:

recorre vias y áreas;
y, en las Termas, en el Foro,
y en todas partes, proclama
que, sobre esta casa, el crimen
tendió las siniestras alas.

BRU. ¡Eso es pregonar la afrenta!

LES. Así Lucrecia lo manda.
Vete al punto, y torna presto
que el corazón nunca engaña;
y el mio, con rudo embate,
algo terrible presagia.

BRU. Al pié de un trono sangriento
yace Roma aletargada;
mas, si mi acento iracundo
consigue excitar su saña,
ha de despertar rugiendo
como el huracan del Atlas.
*(Entregando á Lesbia su anillo.)*
Conserva, Lesbia, este anillo
que te pediré ante el ara.
Fué de mi padre y recuerda
una estirpe soberana
que me ha dejado el terrible
legado de una venganza.

LES. Parte, Junio.

BRU. Pronto vuelvo.
si me sigue un pueblo en armas.
¡Sinó,... acuérdate del pobre
demente que te adoraba!
(Vase por la puerta del foro.)

## ESCENA II.

**Lesbia.**

Ya se aleja..... Tengo miedo.
Este silencio me espanta.
Pronto vendrá Colatino,
Nada se oye..... ¡Cuánto tardan!

## ESCENA III.

**Lesbia y Lucrecia.**

LUC. (Dentro.) ¡Lesbia! ¡Socorro!
LES. ¡Es ella!
(Sale Lucrecia por la derecha manifestando grande agitación y como huyendo de un ser invisible.)
LUC. ¡A mí!
LES. ¡Ten calma!
LUC. ¡Allí estaba..... enroscada sobre el lecho
de blancas azucenas adornado!
LES. ¿Qué ha sido?
LUC. ¡Una serpiente! ¡Aquí... en mi pecho
imprimió un beso aleve, torpe, helado!
LES. ¿Donde está?
LUC. (Con vaguedad.) ¿Qué se yo? Dentro del alma.
LES. ¡Espantoso delirio!
LUC. ¡Calla! ¡Calla!
LES. Vuelve en tí.

LUC. Ya resuena
el bélico estridor de la batalla.....
El foso de cadáveres se llena
y, en un lago de sangre generosa,
avanza Colatino á la muralla.
¡Qué furioso tropel!... Ese rugido
es el grito de guerra prorrumpido
por el guerrero rudo
que nunca cede y, si se siente herido
en el pecho desnudo,
muere de pié y, al desplomarse yerto,
cae sobre el escudo
de su enemigo muerto.
¡Allí vá! Ancho camino
en un bosque de hierro abre su espada.
¿Quién es ese guerrero
que subió á la muralla aportillada
de todos el primero?
¿Es el dios iracundo de la guerra?
¡No!... ¡Es él! ¡Es él! Mi esposo... Colatino.

LES. ¡Lucrecia!

LUC, (Exaltandose poco a poco.) ¡Si, yo soy! Ven, dueño amado,
en alas de tu gloria;
que, al cortar el laurel de la victoria
para adornar tu frente,
he visto entre las flores enroscado
un áspid venenoso
con la mirada ardiente.
¡Acude! Ven; que el lecho del esposo
ha sido profanado.
El áspid ha subido
traidor y cauteloso,
y la casta matrona, desolada,

al oir el silbido
del reptil alevoso,
se halló de torpes lazos rodeada
al pálido fulgor de la alborada!
¡Acude, Colatino idolatrado,
veloz como la idea!...
Ya, en ráudos giros, arrebata el viento
de la cuadriga el abrasado aliento.
¡Colatino!... ¡Su espada centellea!...
Miradle..... ¡Ya ha llegado!
¡Pero es muy tarde! El áspid me ha mordido,
y el esposo ofendido,
al ver sobre su lecho amancillado
mi cadáver helado,
con furia pisotea
el lauro inmarcesible del soldado.

LES. ¡Delira!

LUC. *(Señalando.)* ¡Mírale! ¡Pronto, una espada!

LES. ¡Vuelve en tí!

LUC. ¡Colatino!... ¡Allí!... Ya es tarde.
¡Huyó el áspid cobarde
y me ha dejado el alma envenenada!
¿Oyes esa espantosa carcajada?
Esa es la plebe; y con placer salvaje
se burla de mi ultraje.

LES. ¡Lucrecia infortunada!

LUC. Véngate de esa turba despiadada,
que yo reirme quiero.
Ja! ja! ja! ja!
*(Lanza una carcajada histérica y cae desvanecida sobre una silla.)*

LES. ¿Qué tienes?

LUC. *(Transición.)* ¡Que... me... muero!
*(Queda inmóvil por un momento.)*

LES. ¡Socorro!... ¡A mí!... ¡Lucrecia!... ¡No me mira.
y su mano está helada!...
Nadie acude..... ¡Parece que respira!...
¡Salvad á esta mujer infortunada!
¡Oh, dioses! Mas ¿qué digo? ¿No es locura
desearla la vida?
Si en el mundo se sufre y no se olvida,
¿qué más próspera suerte
que dormir en los brazos de la muerte?

LUC. (Volviendo en si.) ¡Ay de mí!... ¡Tú?...

LES. Yo soy... Lesbia, señora,
que teme por tu vida.

LUC. ¿Tú, traidora!
¿Tú deseas que viva? ¡Si, tú eres!
¿Cuántos sextercios quieres
por tu llanto fingido?

LES. ¿No me conoces?

LUC. Si. Te he conocido,
Lesbia. ¿Qué otra mujer desearía
prolongar mi existencia y mi agonía
sinó la que ha vendido
la honra de mi esposo y mi decoro;
como vil mercancía,
por un puñado de oro?

LES. No es cierto. Te lo juro.

LUC. ¡Si el liviano
te hubiese dado el oro enrojecido,
contestaría tu abrasada mano
al lábio fementido!
¿Dónde estabas anoche? ¿No has oído
mi acento desolado
que imploraba socorro?

LES. No. Dormía

con un sueño penoso y obstinado,
(acaso por un filtro producido)
que imágen de la muerte parecía.

LUC ¡Un filtro?... ¡Un sueño?... ¡Inoportuno ha sido
tu sueño inesperado!
¡Para cuidar mi honra, te has dormido!
¡Para ver mi desdicha, has despertado!

LES. Reprime tus enojos
y escúchame un momento.
(Ofreciendo á Lucrecia un puñal que coge de la panoplia.)
Toma este hierro. Mátame si miento,
y moriré sin exhalar un grito.

LUC. Habla, sí; pero mírame á los ojos,
que quiero ver si leo
en el fondo del alma tu delito;
mas no así. ¡De rodillas, como reo!
(La coge un brazo obligándola á arrodillarse.)

LES. ¡Piedad!

LUC. ¡No la merece tu impudencia!
Piedad, al que ha ofendido,
inspira el criminal arrepentido,
pero no cuando encubre su semblante
la máscara falaz de la inocencia.
(Lesbia estiende las manos hácia Lucrecia como implorando perdón.)
¿Qué es esto? ¡Maldición! ¡Oh! ya es en vano
el torpe fingimiento.
¿Quién te ha dado esa joya?
(Por el anillo que Bruto dió á Lesbia.)

LES. ¡Fué mi amante!

LUC. ¿Y tienes por amante un soberano!

LES. ¡Oh, qué funesto error!

LUC. Pues has mentido
y el crímen dejó huellas en tu mano,

lee sobre ella tu sentencia, escrita
en la imágen maldita
grabada en ese anillo. Eres culpable.
(Coge el puñal y la amenaza. Lesbia forcejea por desasirse.)
¡Vas á morir!

LES. (Gritando.) ¡Socorro!

LUC. ¡Me has vendido!

LES. ¡Favor!

LUC. ¡Calla!

LES. ¡Piedad!

LUC. ¡No la has tenido
de mí!

GLAU. (Dentro.) Lesbia!

LUC. (Aparte á Lesbia.) ¡Silencio, miserable!
Vete.

(Vase Lesbia por el foro.)

## ESCENA IV.

**Lucrecia y Glauca.**

GLAU. ¿Qué ocurre? Un grito penetrante
oí desde la vía y, alarmada,
he llegado hasta aquí, Lucrecia amiga.

LUC. ¡Amiga!

GLAU, Dí; ¿qué ha sido?

LUC. Que esa esclava
me ofendió y castigaba su insolencia.

GLAU. Perdónala.

LUC. ¿Perdon!... ¿Dónde ibas Glauca?

GLAU. Al circo, adonde acude Roma entera.

LUC. Roma jamás de sangre se vé harta.
GLAU. Hoy se trata de un acto de justicia
que la vindicta pública reclama.
LUC. ¡La justicia! Esa rígida matrona
se ha trocado en impura mercenaria
y, envuelta en los girones del decoro,
ofrece su hermosura á quien la paga.
¡Justicia... en Roma? Para que los dioses
impusieran castigo á vuestra infamia,
era preciso que de cien volcanes
subiera al cielo incandescente lava
y, sobre Roma, con horrible estrago
descendiera en hirviente catarata.
Y ¿quién hace justicia en Roma? Dime.
GLAU. Pues qué, ¿lo ignoras?
LUC. Si lo sabes, habla.
GLAU. Tarquino el Grande.
LUC. ¡El grande?
GLAU. Mucho.
LUC. ¡Mucho?
¿No cabrá en un sepulcro el *gran* monarca? (Pausa.)
Alma implacable, corazón helado,
la faz cubierta de impasible máscara
mientras surgen del mar de las pasiones
hirvientes olas que rugiendo estallan,
ese pigmeo, que á gigante aspira,
de torvos ojos y de frente pálida,
al resplandor siniestro de la hoguera
y entre el rudo estridor de cien batallas,
bajo el régio dosel de Servio Tulio
rodeado de impuras cortesanas,
yace entre flores, como sierpe aleve,
hollando perlas y arrancando lágrimas.

Es Tarquino el Soberbio, es un tirano.....
¡y Roma le merece, pues le aguanta!

GLAU, ¡Deliras!

LUC. ¡Pobre Roma! Era un coloso
á cuyos piés el mundo se postraba
cuando, ciñendo la triunfal diadema,
sobre carne enemiga clavó el águila,
¿Qué nos queda de Roma? Sólo ruinas
en un lago de sangre, donde se alza
fatídico y soberbio el Capitolio,
porque un rayo del cielo no le abrasa;
y aquí, dentro del muro, un regicida
que ciñe la diadema consagrada
y un enjambre de histriones y rameras
que se duermen exánimes de crápula,
¡hasta que el extranjero les despierte
escupiendo en su frente sonrojada!
¡Roma no es el gigante cuya sombra
se extendía del Indus hasta el Atlas;
es el árbol caduco que se muere
porque tiene roidas las entrañas!

(Se oye como una explosión de gritos lejanos y toque de clarines.)

GLAU. Escucha. En el vecino Anfiteatro
vá á correr un raudal de sangre humana.

LUC. ¿Por qué razón?

LUC. Ante el Senado, un siervo
que vestía la clámide de Esparta,
denunció á la familia de un patricio.

LUC. ¿Cuál fué el delito?

GLAU. Mutilar la estátua
de la mujer del rey.

LUC. ¿Y ese es un crimen

que merece la muerte!

GLAU. El rey lo manda.

LUC. ¿Todos fueron culpables?

GLAU. Uno solo.

LUC. ¡Y toda una familia es inmolada?

GLAU. Ya hicieron la señal. Pronto en la arena.
lucharán con dos hienas de las Galias.
Un gladiador, por órden de Tarquino,
con sangre fresca roció la jaula.

LUC. ¡Sangre? (Estremeciéndose.)

GLAU. Sí; de los restos palpitantes
de una res que, indefensa, fué inmolada
para que, ante esa víctima, en las hienas
los salvajes instintos despertáran.

LUC. Vete. (Pensativa.)

GLAU. ¿No vienes?

LUC. No.

GLAU. Volveré pronto.
¿He de verte?

LUC, (Sombria.) Es posible..... si no tardas.

(Vase Glauca por el foro.)

## ESCENA V.

**Lucrecia.**

¡Por mutilar una mujer de piedra
vá á desaparecer toda una raza
y eso que era incestuosa y parricida
la que en el mármol duro fué adulada!
¿No vale más que un risco un sér que alienta?

¿Una matrona, es menos que una estátua?
¡Mayor castigo mereció el aleve
que ultrajó mi pureza inmaculada!
Mas ¿quién me hará justicia si el Senado
ante Tarquino su decoro arrastra?
¡Pueblo romano! ¿Cómo tu justicia
ha de llegar al sólio del monarca
si hoy vaga impune el malhechor cobarde,
liberto vil, encubridor de infamias?
¿Dónde hallar un verdugo para Sexto?
¿Dónde una hiena?... (Se oye el rumor del pueblo que está en el Anfiteatro.) ¡Oh, rayo de esperanza!
¡Clamores de alegría ante la sangre?
!Sí: ya tengo el verdugo que buscaba!
Esa plebe feroz que al circo acude;
esa será mi hiena sanguinaria.
¡Sí! ¡El pueblo que con sangre se divierte,
solo para verdugo se prepara!
Tarquino dió el ejemplo. Sangre fresca
riegue el cubil donde la fiera aguarda.
¡Yo, pidiendo esterminio, ante la plebe
con sangre mia regaré la pátria!
(Vase por la derecha.)

## ESCENA VI.

**Lesbia**, por la izquierda; después **Junio Bruto.**

LES. Ya se aleja..... Es necesario
abandonar esta casa.
ó morir como culpable

con la inocencia en el alma.
Es estéril sacrificio
¡Huyamos!
(Se dirige hácia el foro por donde llega precipitadamente L. Junio Bruto.)

BRU. ¡Lesbia!
LES. ¿Tu?
BRU. Calla
y escucha, que el tiempo vuela
y la traición amenaza.
Al llegar cerca del puente
que sirve á Roma de entrada,
arrojé un *as* á un mendigo
que al caballo se avalanza,
rogando que me detenga
con el gesto y la mirada.
«Favor por favor—me dice:—
»Vuelve y á Roma no vayas.»
—«¿Por qué?—Porque allí te esperan»
«la segur ó las ergástulas.»
LES. ¿Eso dijo?
BRU. Y no mentia
el buen viejo.
LES. Pues ¿qué pasa?
BRU. Hippias, esclavo de Sexto
y cómplice de su infamia,
públicamente en el Foro
me delató á la hora octava.
LES. ¿Y, te acusa?
BRU. De adulterio
con Lucrecia.
LES. ¡Horrible trama!
BRU. Ha probado, que de noche

suelo venir á Colacia
y vuelvo cuando la aurora
las sombras, curiosa, rasga.
Dijo que esa puerta se abre.....

LES. Pero esas pruebas no bastan.

BRU. Un esclavo de Lucrecia
las proporcionó más ámplias.

LES. ¿Seyo?

BRU. Sí.

LES. ¡Traidor!

BRU. No. Siervo
que, la esclavitud degrada.
Las cadenas le doblegan
y por el fango se arrastra.

LES. Mas yo diré que te amo,
y Lucrecia.....

BRU. ¡Desdichada!
Nada espere la inocencia
del que escucha al que delata.
Mas ¿Lucrecio y Colatino..,?

LES. Aun les espero.

BRU. Ya tardan.
Mas no importa.

LES. ¿Qué pretendes?

BRU. Pues no hay justicia, ¡venganza!
Ya es tiempo de que lo sepas.
Antes que la sombra opaca
envuelta como un sudario
los despojos de mi pátria,
si aun queda vergüenza en Roma
y mis planes no fracasan,
elegirá la victoria
entre un pueblo y una casta.

Por esa via Latina
(Señalando por la puerta del foro hacia la derecha.)
acude gente con armas.
Son mis amigos.

LES. (Desde el foro.) Es cierto.
¡Oh cielos!

BRU. ¿Y bien! ¿Qué? ¡Acaba!

LES. Mira. Un tropel de lictores
por ese camino avanza;
y, más cerca, una litera.
¿Vendrán á prenderte?

BRU. ¡Oh, rábia!

LES. ¡Huye, Junio!

BRU. Al quedarme, huyo.....

LES. ¿De la muerte?

BRU. De la infamia.
Cada cual huye á su modo
de lo que más le acobarda.
Aquí convoqué á mis siervos
y hermanos en la desgracia
y han de hallarme muerto ó vivo.

LES. ¡Por mi amor! (Suplicante.)

BRU, No.

LES. ¡Por mi pátria!

BRU. Con martirios se la ilustra.

LES. Con victorias se la salva. (Con brio.)
Huye de muerte sin gloria.
Roma opresa lo demanda.
¡Las mujeres, al martirio;
los hombres á la batalla!
¡Vete!

BRU ¡Cerrado está el paso!

LES. ¡Por allí hay salida franca! (Señala hácia la ventana.)

BRU. ¿Huir!...
LES. ¡Para triunfar!
BRU. ¡Sea! *(Salta por la ventana.)*
*(Séptimo Lucrecio llega por el foro y vé salir á Bruto.)*

## ESCENA VII.

**Lesbia y Séptimo Lucrecio.**

SEP. *(Aparte.)* ¡Un hombre á la via salta
al verme llegar?
LES. *(Aparte.)* ¡El padre
de Lucrecia!
SEP. ¿Qué haces?
LES. Nada.
SEP, *(Aparte.)* ¿Se ha turbado!
LES. *(Aparte.)* ¿Le habrá visto?
SEP. ¿Qué sucede en esta casa?
Lucrecia me manda aviso
de que ocurre una desgracia,
y, al llegar, veo que un hombre
huye por esa ventana. *(Señala hácia la de la izquierda.)*
¿Quién era?
LES. Mi prometido.
SEP. ¿No mientes?
LES. No.
SEP. Poco te ama
el que huye, como culpable,
teniendo la puerta franca.
Quién es él?
LES. Es Lucio Junio.

SEP. No en vano por loco pasa
el que se roba á sí propio
y del crímen se acobarda.
¿Dónde está Lucrecia?

LES. Mira. (Señala hácia la puerta primera derecha, por la cual sale Lucrecia.)

SEP. Véte, Lesbia.

LES. Escucha...

SEP. ¡Basta!
Por aquí puede entrar honra; (Señala hácia la puerta del foro.)
por allí salió tu fama. (Señala hácia la ventana.)

## ESCENA VIII.

**Séptimo Lucrecio y Lucrecia.**

LUC. ¡Padre mio!

SEP. ¡Lucrecia de mi vida!
¿Qué sucede en Colacia? Aquí me tienes.

LUC. Delante de mi esposo Colatino
te debo responder únicamente.
Muy pronto ha de llegar.

SEP. Pero entretanto....
¿por qué no has de decirme lo que sientes?
¿Por qué brilla una lágrima en tus ojos
y tu frente divina palidece?

LUC. ¿Crees en la otra vida, padre mío?

SEP. ¡Cuán extraña pregunta! ¿Tú no crees?

LUC. Dicen que existe una región serena,
en medio de ese espacio transparente,

adonde vá el perfume de las flores,
donde los ecos del suspiro ascienden
flotando en los espléndidos celages
que, pródigo, ilumina el sol naciente;
que, allí, el rumor dulcísimo de un beso
entre vapor de lágrimas se pierde
y, en olas de armonía, vaga el alma
si de la vil materia se desprende.
¿Crees en esa vida del espíritu,
eterna y sin dolor, en la que puede
un alma con otra alma confundirse
en éxtasis sublime para siempre?

SEP. Sí. Lucrecia. La vida de este mundo
de la partida es el instante breve.
¡Es la ola gigante que, á la orilla,
llega altanera, magestuosa y fuerte;
y, al encontrar un átomo de arena,
se transforma en espuma y desparece!

LUC. Y, sin embargo, padre, todo acaba...
Vida tuvo, algún dia, el polvo inerte.
La flor hermosa exhala su perfume
y, en las ondas del aura, desfallece;
herida por el dardo, se desploma
el águila que mira al sol de frente;
y, el árbol secular de la llanura,
al rudo embate de tormenta cede;
la montaña, coloso de granito,
hecha pedazos rueda en las vertientes
y sepulta las razas y los pueblos
y hasta las sepulturas de los seres.
Arcos triunfales, urnas cinerarias,
templos y anfiteatros, todo muere,
y de la eternidad en el abismo,

la gloria y el amor se desvanecen.

SEP. ¿Y por qué esas preguntas?

LUC. ¡Padre mío!
Tengo... el presentimiento de la muerte.

SEP. ¡Morir en el albor de la existencia?
¡Qué sería de mí!

LUC. (Aparte.) ¡Cielos, valedme!

SEP. En medio del desierto de la vida,
luchando con el Ábrego inclemente,
¡que sería del tronco carcomido
si muriese la hiedra que le envuelve?

LUC. (Aparte.) ¿Cómo contarle mi desdicha ahora?

SEP. ¿No eres feliz...? ¿Tu esposo no te quiere?.

LUC. Si, padre.

SEP. ¿Tú, no le amas?

LUC. ¡Si le quiero?...
Oye como nació mi amor ferviente.
Libre, como ese viento perfumado
que arrebata á las flores su fragancia;
alegre el corazón y descuidado,
con la felicidad de la ignorancia,
te dedicaba, padre idolatrado,
en los breves instantes de la infancia
los primeros halagos del cariño,
tiernas primicias del amor del niño!
Cuando la soledad de mi retiro,
la noche entre sus alas escondía,
vagos como los ecos de un suspiro,
ténues como el primer albor del día,
cruzar revueltos en extraño giro
con los ojos del alma distinguía
cuerpos sin forma, ensueños seductores
pintados con suavísimos colores.

Y cuando, al resplandor de la mañana
surcaban el espacio sonriente
caprichosos celages de oro y grana,
desparecía sigilosamente
aquel ensueño como sombra vana
y, tornando en mi acuerdo lentamente,
sentía dilatarse en torno mío
el piélago insondable del vacío.
Era una tarde; el sol desde el ocaso
besaba la corola de las flores;
un hombre apareció; detuvo el paso;
me habló de mi belleza y sus amores;
y, al resplandor del fuego en que hoy me abraso,
dibujado con mágicos fulgores
ví flotar en sus ojos halagüeños
el hermoso fantasma de mis sueños.
La idea del amor, por vez primera
surgió del alma misteriosamente
y como flor que arranca, en la pradera,
el dulce halago del albor naciente
al candor de la vírgen primavera,
aquella idea germinó en la mente
y con la esencia de mi sér nutrida,
creció en la primavera de mi vida!

SEP. Pues si le amas así y eres dichosa,
¿por qué con sombras se nubló tu frente?

LUC. Si hay otra vida, padre, y son viajeros
los que cruzan el mundo en tiempo breve;
si morir es llegar, ¿por qué entre lágrimas
el polvo miserable al polvo vuelve?

SEP. ¡Lucrecia!

LUC. ¿Me amas mucho, padre mío?

SEP. ¡Eso preguntas? ¿Cómo no quererte,

si hasta el sol te contempla enamorado,
el aura te acaricia dulcemente
y la noche solloza entre las flores
cuando la aurora se sonríe al verte?
¡Hija mia!

LUC. ¿Recuerdas de mis nupcias,
aquel dia tan triste y tan alegre
en que todos llorabais sonriendo
y mi madre lloraba amargamente?

SEP. ¡Oh! ¡Sí!

LUC. Apartando la nupcial corona
é imponiendo tus manos en mis sienes,
me dijiste: «Sé honrada, que á su honra
»sobrevivir una mujer no debe.»
¿Recuerdas?

SEP. Sí

LUC. ¿Y áun piensas de ese modo?

SEP. ¿Cómo puedes dudarlo? Las mujeres,
lo mismo que las flores del pantano,
cuando pierden su aroma, al lodo vuelven.
Pero ¿á qué recordarme esas palabras?

LUC Ya lo sabrás cuando mi esposo llegue.

SEP. ¡Oh, qué sospecha! ¿Acaso?...

LUC. No prosigas
que tus preguntas pueden ofenderme.
Jamás un pensamiento vergonzoso (Lentamente).
mi espíritu agitó.

SEP. Pues honra tienes,
ven á mis brazos.... Vamos; ¿te he ofendido?
(Quiere abrazarla y Lucrecia le rechaza conmovida).

LUC. (Aparte). ¡Desdichada de mí!

SEP. ¿Sin duda quieres
que te pida perdón?

LUC. ¡Padre del alma!

Necesito estar sola... No te alejes,
pues has de autorizar con tu presencia
un acto triste, público y solemne.

SEP. Un abrazo.

LUC. No, padre.

SEP. ¿Le rechazas?

LUC. Sí

SEP. ¿Por qué causa?

LUC. Quiero... merecerle.

(Vase por la derecha llorando.)

## ESCENA IX.

**Séptimo Lucrecio.**

¿Qué misterio denuncia su tristeza?
¿Por qué habló de su amor, de honra y de muerte?
¿Por qué no me abrazó? ¿Será culpable?
¡No lo puedo creer! Ella no miente,
y juró que era honrada... ¡Ay del que fía
en la fragilidad de las mujeres!

(Lesbia sale apresuradamente por el foro.)

## ESCENA X.

Dicho, **Lesbia**, un **Edil**, y **Lictores**.

LES. ¿Lucrecia!

SEP. ¿Dónde vás, Lesbia?
¿Qué sucede?

LES. ¿Qué se yo!

¡Quieren prenderla!

SEP. ¿A mi hija?
¿Has perdido la razón?

LES. ¡Pronto! ¡Huye con ella!

SEP. ¡Nunca!

(Llegan por el foro un Edil y dos Lictores.)

LES. ¡Mírales!

SEP. ¿Soñando estoy!
¿Lictores en esta casa?
¿Qué quereis?

EDIL. Triste misión
(Con lentitud y tristeza.)
me impone la ley severa.

SEP. ¿Qué dices?

EDIL. Lée y ¡valor!
(Le entrega unas tablas que lee Séptimo.)

SEP. ¿Lucrecia... por adulterio
condenada?... ¡Maldición!

EDIL. La ley...

SEP. ¡La ley es infame (Con brío.)
si ese oprobio decretó,
lanzando sobre mis canas
estigma de deshonor!

EDIL. Mas Lucrecia...

SEP. Es inocente.

EDIL. ¿Qué pruebas...?

SEP. (Con brío.) Lo afirmo yo,
que he leido su inocencia
escrita en su corazón.
¡Salid!

EDIL. Sin ella, imposible;
y á todo resuelto estoy.
Perdóname.

SEP. ¿No hay remedio?

EDIL. Ninguno, y me pesa.
SEP. ¡Oh!
¿Puedes dejarme un momento
á solas con mi hija?
EDIL. No
me lo han prohibido.
SEP. (Con resolución.) Entonces
dejadme sin dilación.
Antes que la ley de Roma
está la ley del honor.
EDIL. ¿Lucrecio!
SEP. Dentro de poco (Sombrío).
venid por Lucrecia. Os doy
palabra de que no hará
resistencia.—¡Idos!
LES. ¡Perdón!
(Arrojándose á los piés de Séptimo Lucrecio que no la mira.)
SEP. Llevaos á esa mujer. (A los Lictores).
(Vanse por el foro el Edil y los Lictores con Lesbia.)
Ahora nos toca á los dos.
(Saca un puñal.)

## ESCENA XI.

**Séptimo Lucrecio**; después **Junio Bruto**.

SEP. Es preciso acabar... Mas ¿por qué tiembla
sobre mi hierro la crispada mano?
¿Lucrecia criminal! ¿Junio su amante?
¡Él! ¡Un loco? ¡Imposible! y, sin embargo,
decreto inícuo pregonó mi afrenta...
La ley castiga y su rigor acato.

De aquí saldrá Lucrecia entre Lictores;
¡mas sobre ella este hierro irá clavado!
(Se dirije precipitadamente hácia la puerta de la derecha con ademán amenazador. Junio Bruto, que ha entrado por la ventana y oye el final del monólogo de Séptimo, le cierra el paso.)

BRU. ¡Detente! ¿Dónde vas?

SEP. (Rápido.) ¿Tú?... ¡Miserable!
¡El averno te pone ante mis pasos!
¡Tú, primero; luego, ella!
(Vá á herirle. Lúcio Junio Bruto se cruza de brazos.)

BRU. Estoy sin armas
y nunca te ofendí.

SEP. ¡Tú has profanado
el augusto recinto de Colacia!

BRU. Repetir la calumnia, infiere agravio.
Yo amo á Lesbia.

SEP. ¡Has mentido!

BRU. Te perdono.
Loco y viejo: dos veces insensato.

SEP. ¡Esa injuria...! ¡Defiéndete!
(Le arroja á los piés una espada que coje de la panoplia.)

BRU. ¡Estás loco! (Con frialdad.)

SEP. ¡Pues prefieres morir asesinado,
sea! (Le arremete y vá á herirle. Colatino aparece en la puerta del foro, seguido de Publio Valerio; y Lucrecia llega por la derecha, vestida de luto.)

COLA. ¡Padre, detente!

LUC. ¿Colatino!

COLA. ¿Qué ocurre?
(Se oye á lo lejos una campana de timbre grave, que toca lentamente.)

LUC. Sólo yo podré esplicaros
lo que ya anuncia en el sagrado pórtico,
por orden mía, el toque de rebato.

COLA. ¡Habla!

## ESCENA FINAL.

**Lucrecia, Colatino, Séptimo Lucrecio, Lucio Junio Bruto, Publio Valerio**; después el **Edil** y los **Lictores.**

(Lucrecia se quita el anillo nupcial y se lo entrega á Colatino.)

LUC. Tu casto lecho ¡oh, Colatino!
holló la planta impura de un extraño.

COLA. ¡Oprobio y maldición! ¿Qué es lo que dices?
(Con mucho brio.)

LUC. Óye y véngame luego.

COLA. ¡Sí!

LUC. ¡Acercaos! (A todos.)
No perdais ni una frase de esta historia
y escribidla con sangre de tiranos.
(Todos la rodean con ansiedad.)
Bajo este honrado techo
halló hospitalidad un hombre osado,
que en nombre de mi esposo la pedia;
y, antes que despuntase el nuevo dia,
oí desde mi lecho
el ruego vergonzoso del malvado.
¡Era Sexto Tarquino!
Al ver por mi desprecio y energía
que, al deshonor, la muerte prefería,
«Cede á mi amor,»—me dijo el libertino—
»que aún puede ser tu suerte
mucho más espantosa que la muerte.»
«Si mi ruego amoroso
»rechazas, sobre el lecho de tu esposo

»haré poner un siervo degollado
»y diré á Roma entera
»que fué de esa manera
»por infame adulterio castigado.»
¡El rubor de mi frente
os contará mi horrible desventura!

COLA. ¿Tú, sin honra, Lucrecia! (Con brio.)

LUC. ¡El alma es pura! (Con orgullo.)
Sólo mi cuerpo ha sido delincuente!
Honra no tengo. Compasión no imploro.
¡Jamás una mujer, si algo se aprecia,
para sobrevivir á su decoro
podrá invocar el nombre de Lucrecia!

COLA. ¡Venganza! (Gritando; á J. Bruto.)

BRU. ¡La tendrás!

LUC. ¿Quién al tirano
osará castigar?

BRU. Mi esfuerzo, unido
al esfuerzo del pueblo soberano.

(Empieza á oirse á lo lejos la música de un himno triunfal y los gritos del pueblo que victorea á Tarquino al salir del Anfiteatro.)

LUC. Escucha. Ese es un pueblo envilecido.
(Con amargura.)
¡Oye!... ¡Un himno triunfal! ¡La patria mia
embriagada de sangre, vá á la orgía,
proclamando la gloria del tirano!
Sangre á la hiena escita:
sangre el pueblo romano necesita.
(Cesa la música del himno.)

COLA. Y ¿qué pretendes?

LUC. En mi triste historia
escribir una página de gloria
que nunca olvide el pueblo degradado,
que con flores adorna sus cadenas:

¡abrid todas las puertas y á esas hienas
arrojadlas mi cuerpo ensangrentado!

(Saca un puñal rápidamente y se le clava en el corazón. Todos lanzan un grito de horror. Séptimo Lucrecio y Publio Valerio sostienen á Lucrecia. Colatino cae desfallecido sobre el lecho, y Junio Bruto, tomando el puñal que le entregará Lucrecia, cuando lo indique el diálogo, se aleja del grupo principal, de manera que todas las figuras queden en la disposición que ocupan en el cuadro de Rosales).

COLA, ¡Lucrecia!
SEP. ¡Hija!
BRU. ¡Qué has hecho? (Rápido.)
LUC. Aquí... podía...

(Con voz entrecortada y señalando á su pecho donde ha quedado clavado el puñal.)

llevar... el germen de la tiranía...
¡El seno... impuro... desgarró... mi mano...
por si... encerraba,.. al hijo del tirano!

(A Lucio Junio Bruto, entregándole el puñal que se arranca de la herida.)

Tú... que no lloras... ¡Toma!

BRU. ¿Hierro y sangre me dás?

LUC. (Señalando á su pecho.) Hierro... homicida...
No olvides... que los lábios... de esta herida...
anuncian... ya, la libertad... de Roma...

(Coro fuera.)

## CORO. (1)

¡Viva el rey Tarquino,
el austero juez
hermano de su pueblo,
escudo de la ley!

(1) La música del coro va impresa después de esta escena.

Venid á la orgía;
brindemos por él.
¡Feliz el pueblo
que tiene tal rey!

(Lucrecia desfallece poco á poco; los demás expresan durante el coro, la emoción propia del caso y del carácter respectivo, procurando dar el mayor interés á este cuadro mudo.)

SEP. ¡Lucrecia!

COLA. ¡Esposa mia!

BRU. El cuerpo yerto (Con rudeza.)
tan sólo necesita sepultura.
Apartaos de ahí. ¿No veis que ha muerto?
(A Colatino.)
Tus lágrimas enjuga, Colatino.
¡Brío se necesita; no amargura!
(Levantando el puñal hácia la estátua de los Lares, dice:)
Por esta noble sangre, antes tan pura,
juro ¡oh dioses! sin tregua ni sosiego
perseguir con el hierro y con el fuego
y exterminar la raza de Tarquino!

(Llegan por el foro el Edil y los dos Lictores.)

EDIL. ¿Adonde está Lucrecia?

BRU. (Señalando hacia Lucrecia.) *Aquello* ha sido.

EDIL. ¿Ha muerto?

LUC. ¡Aun... no...! (Incorporándose con energía.)
¡De pié...! (Muere.)

BRU. Llevadla al Foro;
y, á ese Senado abyecto y corrompido
que el clamor de los débiles desprecia
y al pueblo criminal que lo ha sufrido,
enseñará las leyes del decoro
el sangriento cadáver de Lucrecia.

EDIL. ¡Sangre?

BRU. ¡Si! Sangre y muerte; (Con energía.)

la afrenta, como paga del guerrero;
en vez de un héroe, un déspota altanero;
en vez de un pueblo victorioso y fuerte,
una turba que ahuyenta el extranjero;
y, en vez de Roma, estúpida ralea
de siervos que con sangre se recrea.

COLA. ¡Libertad!

TODOS. ¡Libertad!

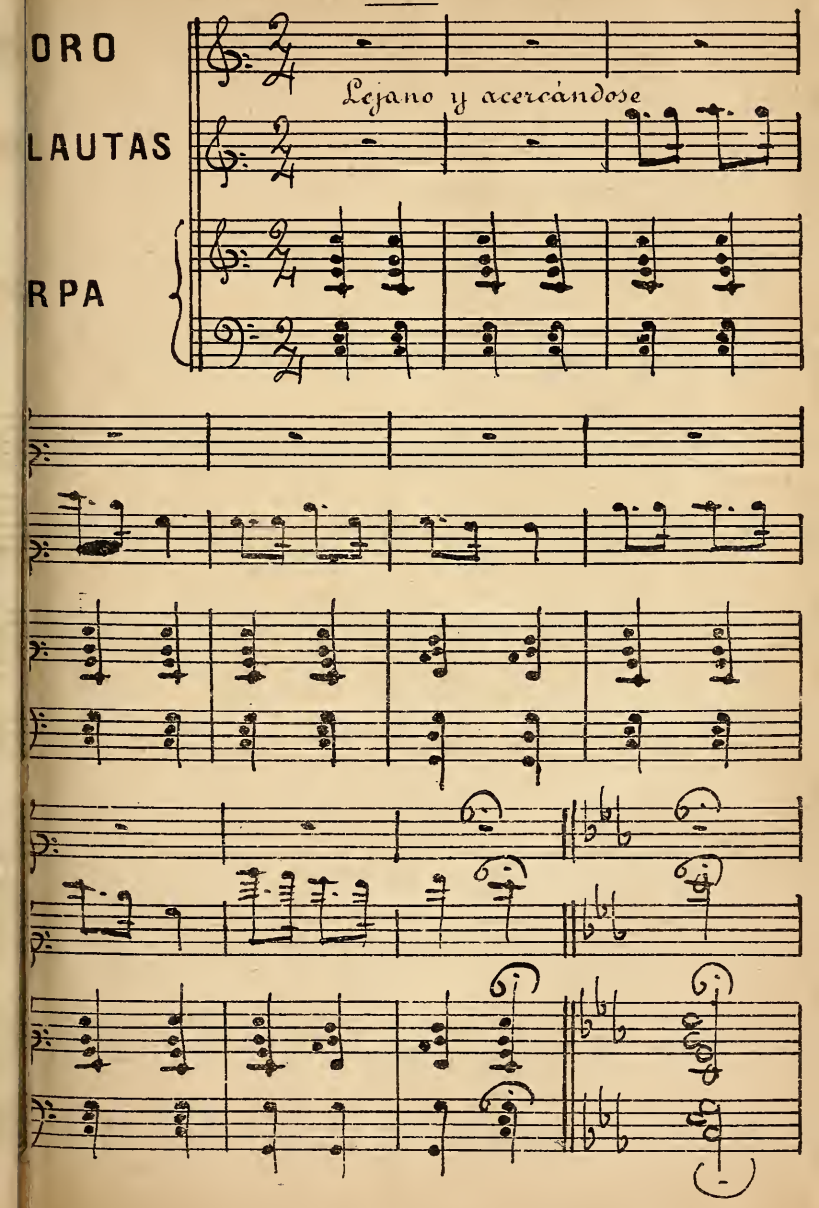
BRU. ¿La quieres, Roma?
Pues eso no se pide. ¡Eso... se toma! *(Mucho brio.)*

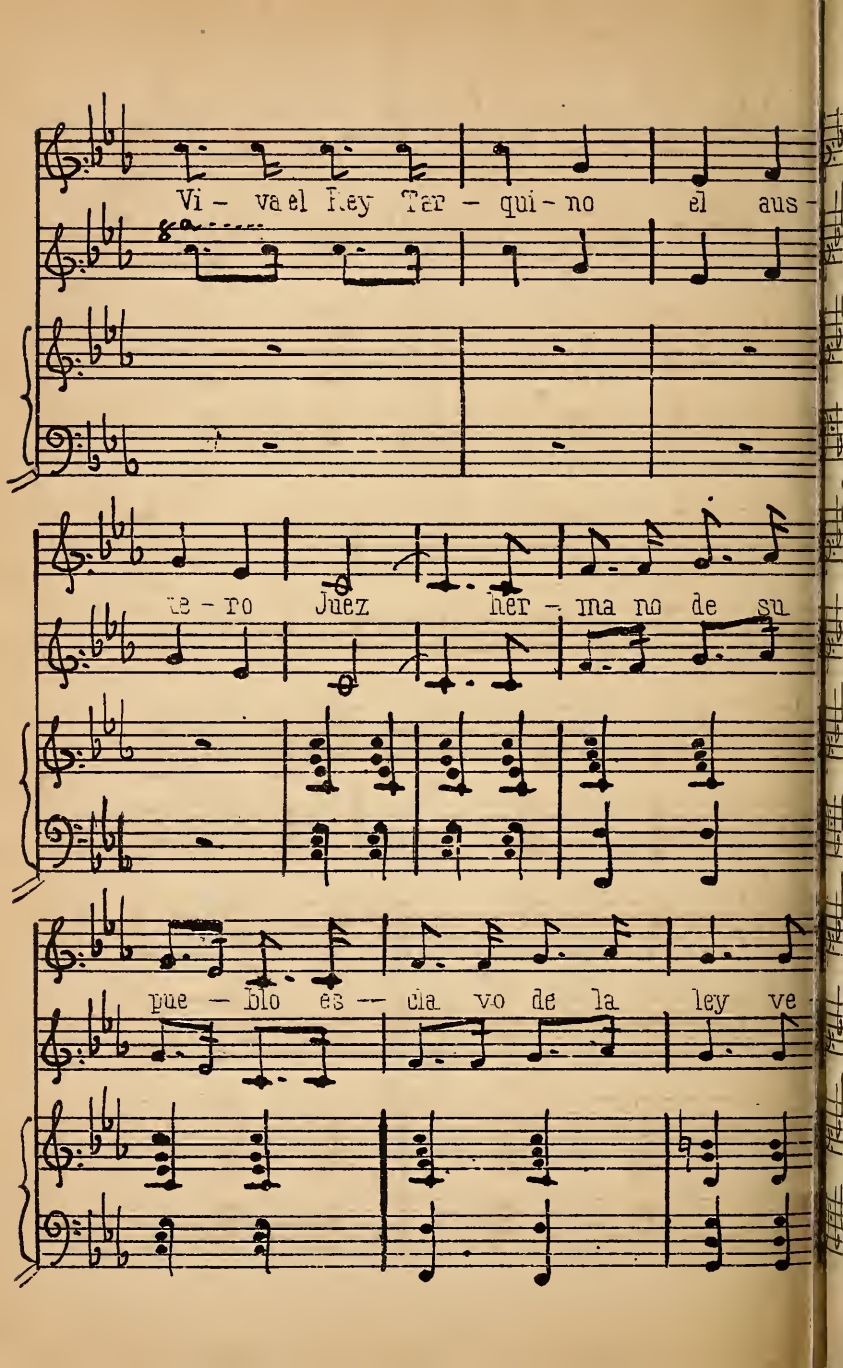
FIN DEL CUADRO TRÁGICO.

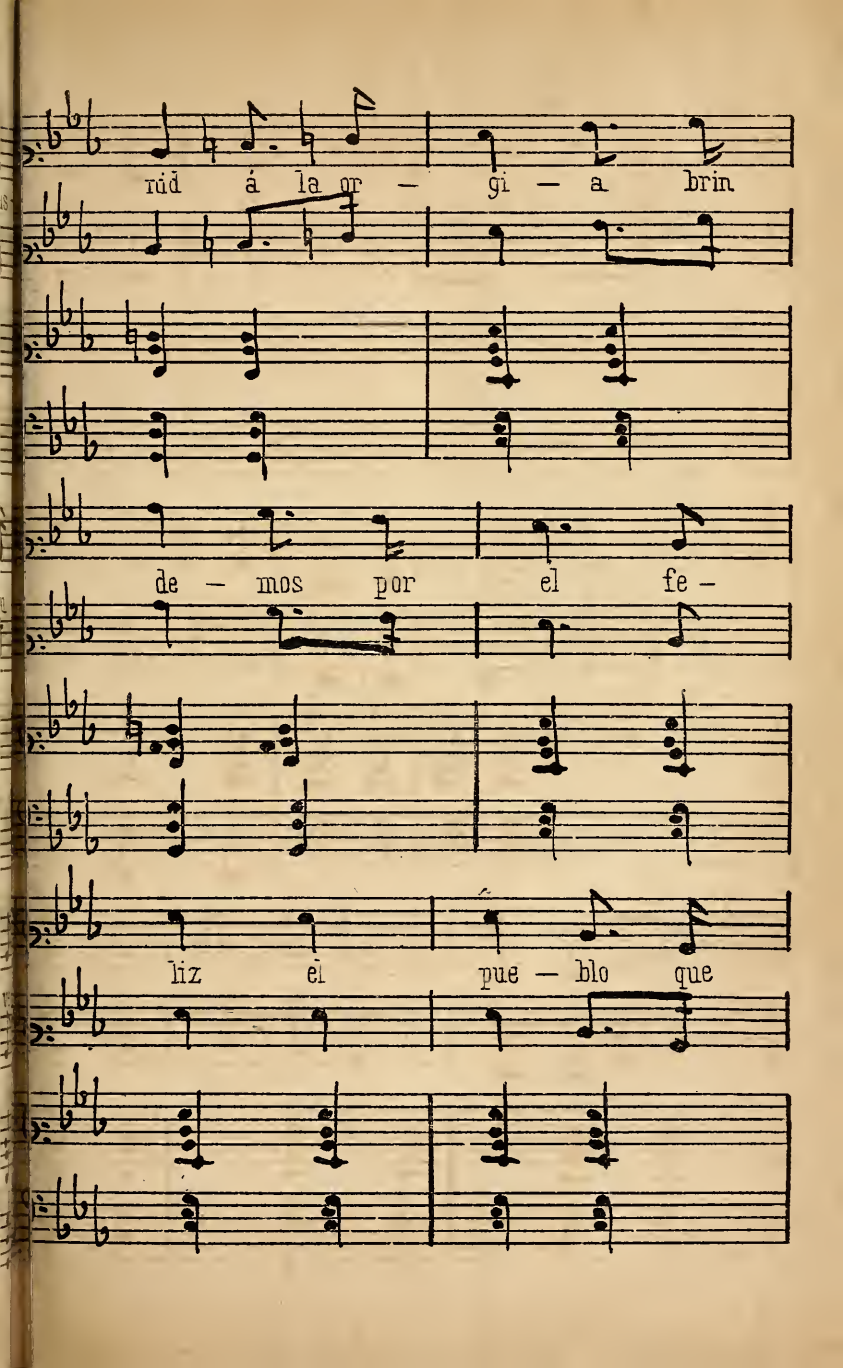
# LA MUERTE DE LUCRECIA.

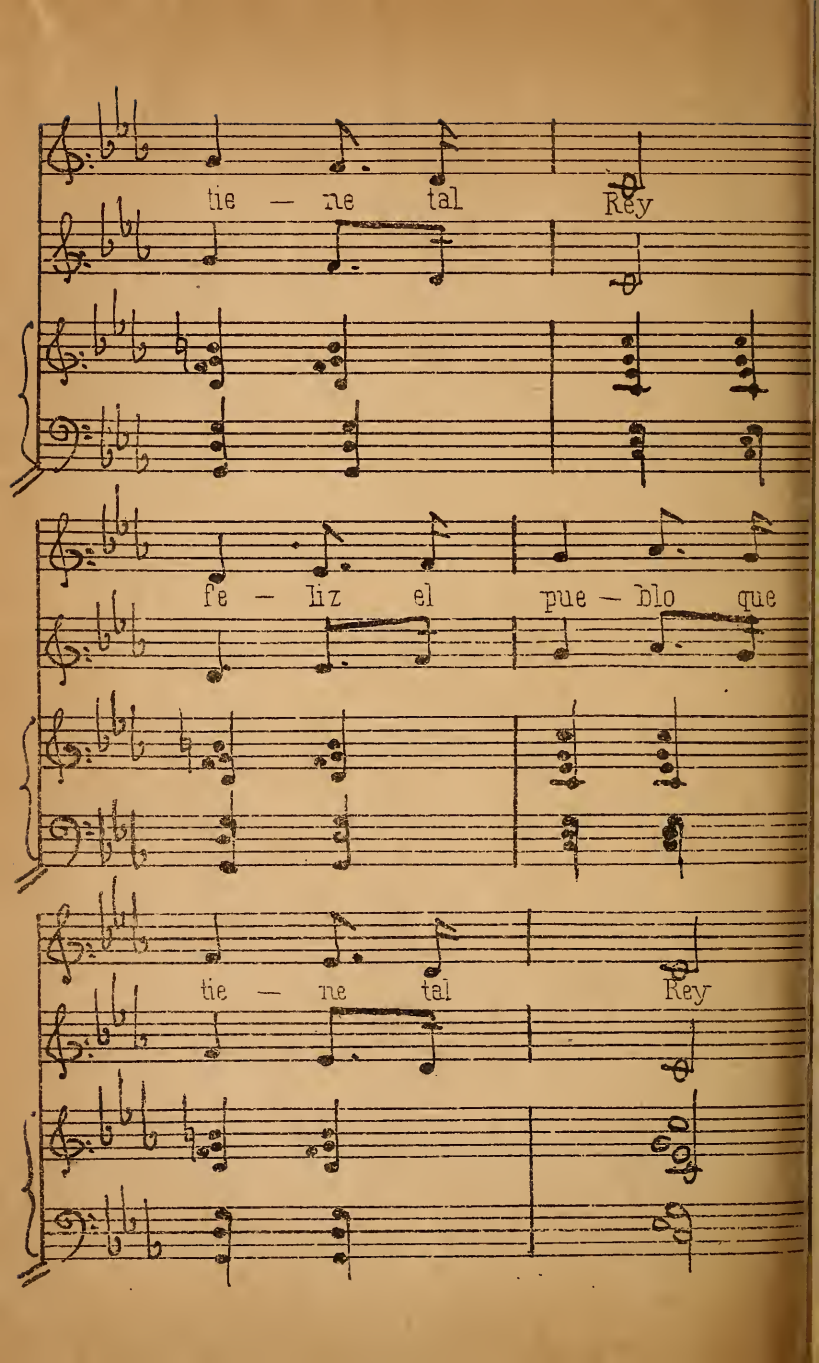
CORO correspondiente á la escena final.

MÚSICA Y LETRA DE LEOPOLDO CANO.




Vi - va el Rey Tar - qui - no el aus -
te - ro Juez her - ma no de su
pue - blo es - cla vo de la ley ve -


rid á la or — gi — a brin
de — mos por el fe —
liz el pue — blo que


tie — ne tal Rey
fe — liz el pue — blo que
tie — ne tal Rey